

SANTA MÓNICA (332-387)

Santa Mónica es famosa por haber sido la madre de San Agustín y por haber logrado la conversión de su hijo.

Mónica nació en Tagaste (Norte de África) a unos 100 km de la ciudad de Cartago en el año 332.

Sus padres encomendaron la formación de sus hijas a una mujer muy religiosa pero de muy fuerte disciplina. Ya de mayor fue bautizada y desde su bautismo su conversión fue admirable.

Ella deseaba dedicarse a la vida de oración y de soledad pero sus padres dispusieron que tenía que casarse con un hombre llamada Patricio. Este era un buen trabajador, pero con muy mal genio, y además mujeriego, jugador y sin religión, ni gusto por lo espiritual. La hará sufrir lo que no está escrito y por treinta años ella tendrá aguantar los tremendos estallidos de ira de su marido que grita por el menor disgusto. Tuvieron tres hijos: dos varones y una mujer. Los dos menores fueron su alegría y consuelo, pero el mayor Agustín, la hizo sufrir por docenas de años.

Patricio no era católico, y aunque criticaba el mucho rezar de su esposa y su generosidad tan grande con los pobres, nunca se oponía a que ella se dedicara a estas buenas obras. Finalmente se convirtió y fue bautizado en el año 371. Un año después, murió santamente Patricio.

Patricio y Mónica se habían dado cuenta de que su hijo mayor era extraordinariamente inteligente, y por eso lo enviaron a Cartago, a estudiar filosofía, literatura y oratoria. A Agustín lo único que le importaba eran sus notas y disfrutar en los eventos sociales y fiestas.

Cuando murió su padre, Agustín tenía 17 años y empezaron a llegarle a Mónica noticias cada vez peores, de que el joven llevaba una vida desastrosa. Se hizo socio de una secta llamada de los Maniqueos, que afirmaban que el mundo no lo había hecho Dios, sino el Diablo.

Mónica, por aquellos tiempos tuvo una visión en la que le decía: “tu hijo volverá contigo” y enseguida vio a Agustín junto a ella. Faltaban 9 años para que Agustín se convirtiera.

Por muchos siglos ha sido muy comentada la bella respuesta que un obispo le dio a Mónica cuando ella le contó que llevaba años y años rezando, ofreciendo



Santa
Mónica

sacrificios y haciendo rezar a sacerdotes y amigos por la conversión de Agustín. El obispo le respondió: “Esté tranquila, es imposible que se pierda el Hijo de tantas lagrimas”.

Cuando tenía 29 años, el joven decidió ir a Roma a dar clases allí. Ya era todo un doctor. Su madre se propuso irse con él para librarlo de todos los peligros morales. Pero Agustín le hizo una jugada tramposa. Al llegar junto al mar le dijo a Mónica que se fuera a rezar a un templo, mientras iba a visitar a un amigo, y lo que hizo fue subirse al barco y salir rumbo a Roma, dejándola sola allí, pero Mónica no era mujer débil para dejarse derrotar tan fácilmente. Tomo otro barco y se dirigió hasta Roma.

En Milán; Mónica se encontró con el Santo más famoso de la época, San Ambrosio, arzobispo de esa ciudad. En él se encontró un verdadero padre lleno de bondad y de sabiduría que la fue guiando con prudentes consejos.

Y sucedió que en año 387, Agustín al leer unas frases de San Pablo sintió una impresión extraordinaria y se propuso cambiar de vida. Envió lejos a la mujer con la cual vivía, dejó sus vicios y malas costumbres. Se hizo instruir en la religión y en la fiesta de Pascua de Resurrección de ese año se hizo bautizar.

Agustín, ya convertido, dispuso volver con su madre y su hermano, a su tierra, en África. Pero Mónica ya había conseguido todo lo que deseaba es esta vida, que era ver la conversión de su hijo. Ya podía morir tranquila. Y sucedió que estando ahí en una casa junto al mar, por la noche al ver el cielo estrellado, hablando con Agustín acerca de cómo serán las alegrías que tendremos en el cielo, y ambos se emocionaban comentando los goces celestiales que nos esperan.

En determinado momento exclamo entusiasmada: “¿Y a mí que más me puede amarrar a la tierra? Ya he obtenido mi gran deseo, el verte cristiano católico. Todo lo que deseaba lo he conseguido de Dios”. Poco después le invadió la fiebre, y en pocos días empeoró y murió. Murió en el año 387 a los 55 años de edad.

Miles de madres y de esposas se han encomendado en todos estos siglos a Santa Mónica, para que les ayude a convertir a sus esposos e hijos, y han conseguido conversiones admirables.

La pintan como vestida de monja (porque así se vestían en ese tiempo las mujeres que se dedicaban a la vida espiritual, huyendo de los adornos y de la vanidad) y con un bastón de caminante, en recuerdo que hizo de los viajes buscando a su hijo para convertirlo, y con un libro en la mano, para no olvidar que fue la lectura de una página de la Biblia lo que obtuvo que Agustín se decidiera a convertirse definitivamente.

SANTA MARÍA DE LA PURÍSIMA (1926 – 1998)



María Isabel Salvat Romero nació el 20 de febrero de 1926 en pleno corazón del Madrid de los Austrias.

En la mansión madrileña en la que nació la futura monja, murió el poeta romántico sevillano Gustavo Adolfo Bécquer un 22 de diciembre de 1870.

Era hija de Ricardo Salvat Albert, malagueño, y de Margarita Romero Ferrer, madrileña, siendo la tercera de ocho hermanos.

Fue bautizada en la Parroquia de la Concepción en la madrileña calle de Goya. Completó sus estudios primarios y el bachillerato en el colegio de las Madres Irlandesas de la calle Velázquez, en el que recibió su primera comunión con seis años.

Al estallar la Guerra Civil en julio de 1936 la familia se trasladó a Portugal, regresando un año después a España e instalándose en el País Vasco. Finalizada la guerra la familia volvió a Madrid.

Su adolescencia transcurrió en un ambiente cultural y religioso muy significativo. Era una joven elegante, de alto nivel social, guapa, simpática y muy ocurrente; su porte elegante y señorial denotaba un alma llena de Dios.

Era muy atractiva y tenía muchas amigas, todas ellas pertenecientes a un nivel social alto, entre las que M^a Isabel era muy querida. Acudió a fiestas y alternó con amigos pertenecientes a familias conocidas de sus padres. Al mismo tiempo su vocación seguía madurando en su interior.

En 1942, tuvo lugar su primer encuentro con las Hermanas de la Cruz. Su vocación encontró la complicidad materna, no así la paterna que trató de evitar que se convirtiera en monja.

Al alcanzar la mayoría de edad, el 10 de diciembre de 1943, hace la Consagración a la Virgen y recibe la medalla de hija de María de su colegio. Con 18 años de edad ingresó como postulante en el Instituto de Hermanas de la Compañía de la Cruz en Sevilla. En 1945, tomó el hábito bajo el nombre de Sor María de la Purísima de la Cruz. El 27 de junio de 1947, hizo su profesión temporal, y el 9 de diciembre de 1952, los votos perpetuos.

Fiel seguidora de Santa Ángela y observadora intachable de las reglas del Instituto, mantuvo intacto el carisma fundacional.

Con anterioridad a ser elegida Madre General en Sevilla, estuvo destinada en muchos pueblos y ciudades. En todos ellos ejerció como directora del colegio. En 1966 ostentó el cargo de Maestra de Novicias. El 11 de febrero de 1977 fue elegida Madre General, cargo que tendría durante 22 años, al ser reelegida por unanimidad en 1983, 1989 y 1995.

Austera y pobre para sí misma -«De lo poco, poco», solía decir- hacía vivir a las hermanas el espíritu del Instituto en la fidelidad a las casas pequeñas y se entregó a todos los que la necesitaban, especialmente a las niñas de los internados.

También los pobres y enfermos ocupaban un lugar privilegiado en su corazón. Así atendía con verdadero cariño a las ancianas enfermas. Diariamente por la mañana iba para atenderlas: las lavaba, les hacía la comida, les lavaba la ropa. Y siempre se reservaba los trabajos más duros y penosos.

Sirvió a la Compañía con incansable celo y gigante espíritu de Hermana de la Cruz. Su ideal fue hacer vida el carisma de la Santa Madre Fundadora y con su vida sencilla, humilde y llena de fe, supo dar ejemplo. Fue fiel seguidora de su obra, y ha dejado en el corazón de todas sus hijas deseos ardientes de imitar su amor a Dios y a su Santo Instituto.

Como Madre General asistió a la beatificación de Santa Ángela de la Cruz. Fundó casas en Puertollano (Ciudad Real), Huelva Reggio Calabria (Italia), Cádiz, Lugo, Linares (Jaén) y Alcázar de San Juan (Ciudad Real). El 2 de febrero de 1997 murió su madre con 96 años de edad.

En los últimos días de su vida, cuando la cruz de la enfermedad se le hizo sentir de una forma más dolorosa sólo se le oyó decir momentos antes de su muerte: ¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor! Constante en ella fue la unión con el Señor, identificándose con su Voluntad, hasta el 31 de octubre de 1998 que murió a los 72 años de edad.

Desde su muerte no cesan de llegar hasta su tumba grupos de personas pidiéndole ayuda y consuelo; se respira paz y gozo. Su vida nos habla de unos valores eternos que todos hemos de ir buscando.

Ha sido canonizada por el Papa Francisco el 18 de octubre de 2015 con una plaza de San Pedro (Roma) abarrotada de personas, especialmente andaluces.

SANTA HELENA DE CONSTANTINOPLA (250 – 330)



Santa Helena nació hacia el 250 d.C., en un mesón propiedad de sus padres en Daprasano cerca de Nicomedia, donde creció pobre en el seno de una familia pagana. Allí pudo, en su juventud, contemplar los efectos de las persecuciones mandadas desde Roma, es decir, vio como los cristianos eran tomados presos y metidos en las cárceles donde eran atormentados. Nunca lo entendió, pues eran buenos, sencillos, trabajadores, honrados, no se metían con nadie. “¿Por qué matarles?” -se preguntaba Helena-

Santa Helena es descrita como una mujer muy bella y noble de corazón. Y así era cuando se enamoró de ella Constancio, general valeroso, con el cual Helena contrajo matrimonio con 23 años. El 27 de febrero del 274, nació su hijo Constantino. La vida de Helena durante este tiempo fue de meditación, de vida

ejemplar y de obras de caridad aunque todavía no conoce la religión de Cristo. Muerto Constancio Cloro en el 306, Constantino decide llevarse a su madre a vivir con él a la corte de Tréveris.

En el año 313 se da lugar un importante hecho en la vida de Santa Helena y su hijo. Se iba a dar lugar la batalla de Saxa Rubra, siendo Constantino general de los ejércitos. Una de las noches antes de la batalla, Constantino tuvo un sueño donde se veía una especie de “Lábaro”, en el que había pintada una Cruz de la que salían rayos de luz y un letrero que decía: “Con esta señal vencerás”, seguido de la indicación de la fabricación del estandarte con la Cruz. Durante la batalla, esta imagen fue vista por todo el ejército y por su general y, posteriormente, se produjo la gran victoria sobre el puente Milvio. Finalmente, Constantino entra como único emperador de Roma como recompensa por la gran victoria.

Tras este suceso, Santa Helena, pagana hasta el momento, se convierte al cristianismo. Ella fue asimilando poco a poco las sublimidades de la fe cristiana y se abrazó de lleno a ellas y por ellas luchó con dedicación toda su vida. Al emperador Constantino se debe el célebre Edicto de Milán que prohibía la persecución de los cristianos y permitía que la religión cristiana fuese libre, además de los edictos posteriores, que terminan vetando el culto a los dioses lares. El emperador agasaja a su madre haciéndola Augusta, acuña monedas con su efigie y le facilita levantar iglesias.

Santa Helena, aunque era la madre del emperador, vestía siempre con mucha sencillez, se mezclaba con la gente pobre y aprovechaba de todo el dinero que su hijo le daba para hacer limosnas entre los necesitados. Era supremamente piadosa y pasaba muchas horas en el templo rezando.

En el 326, aunque Santa Helena se aproxima ya a los setenta años, alienta en su espíritu un deseo que cada día crece y toma fuerza en su alma; anhela ver, tocar, palpar y venerar el sagrado leño donde Cristo entregó su vida por todos los hombres. Organiza un viaje a los Santos Lugares donde nació, vivió, sufrió y resucitó Jesucristo. Se dedicó a la búsqueda de la Santa Cruz con resultados negativos. Sintiendo frustrada, pasa a indagar entre los judíos hasta encontrar a un tal Judas que le revela el secreto rigurosamente guardado, que para privar a los cristianos de su símbolo, decidieron arrojar a un pozo las tres cruces del Calvario y lo cegaron luego con tierra.

Las excavaciones resultaron con éxito. Aparecieron las tres cruces con gran júbilo de Santa Helena. Sacadas a la luz, sólo resta ahora la grave dificultad de llegar a determinar aquella en la que estuvo clavado Jesús. El obispo Demetrio tuvo la idea de organizar una procesión solemne, para poner sobre las tres cruces descubiertas, el cuerpo de una cristiana moribunda por si Dios quisiera mostrar la Vera Cruz. El milagro se produjo al ser colocada una moribunda sobre la tercera de las cruces, puesto que la pobre enferma recuperó milagrosamente la salud. Tres partes mandó a hacer de la Cruz, una se trasladó a Constantinopla, otra quedó en Jerusalén y la tercera llegó a Roma donde se conserva y venera en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén.

Se le reconoce el haber traído de tierra santa algunos de los objetos más venerados en la cristiandad, entre ellos la Cruz, los clavos, el rotulo que colgaba encima de la Cruz, la Scala Santa (la cual Jesucristo recorrió momentos antes de su condena y crucifixión en el palacio de Poncio Pilatos) y el pesebre del niño Jesús el cual se exhibe en un relicario en la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma

En Tierra Santa hizo construir tres templos: uno en el Calvario, otro en el monte de los Olivos y el tercero en Belén.

Murió Santa Helena a la avanzada edad de ochenta años aproximadamente. Su hijo Constantino dispuso trasladar sus restos con gran solemnidad a la Ciudad Eterna y parte de ellos se conservan en la iglesia Ara Coeli, dedicada a ella.

SAN JUAN PABLO II (1920 – 2005)

Karol Józef Wojtyła nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 km. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el más pequeño de los tres hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941. Su hermana Olga murió antes de que naciera él.

Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela, se matriculó en 1938 en la Universidad de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química, para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia. Fue ordenado sacerdote en noviembre de 1946.

Seguidamente fue enviado a Roma, donde se doctoró en teología. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios. Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social.

Fue ordenado Obispo en septiembre de 1958. En enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967. Participó en el Concilio Vaticano II con grandes aportaciones. Los cardenales reunidos en Cónclave le eligieron Papa el 16 de octubre de 1978. Tomó el nombre de Juan Pablo II. Su pontificado ha sido uno de los más largos de la historia de la Iglesia y ha durado casi 27 años.

Juan Pablo II ejerció su ministerio petrino con incansable espíritu misionero. Realizó 104 viajes apostólicos fuera de Italia, y 146 por el interior de este país.



Su amor a los jóvenes le impulsó a iniciar en 1985 las Jornadas Mundiales de la Juventud. Se reunió con millones de jóvenes de todo el mundo. Además, su atención hacia la familia se puso de manifiesto con los encuentros mundiales de las familias.

Juan Pablo II promovió el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándolos en varias ocasiones a encuentros de oración por la paz, especialmente en Asís.

Bajo su guía, la Iglesia se acercó al tercer milenio y celebró el Gran Jubileo del año 2000. Con el Año de la Redención, el Año Mariano y el Año de la Eucaristía, promovió la renovación espiritual de la Iglesia.

Realizó numerosas canonizaciones y beatificaciones para mostrar innumerables ejemplos de santidad de hoy, que sirvieran de estímulo a los hombres de nuestro tiempo. Proclamó 1338 beatos y 482 santos.

Promulgó el Catecismo de la Iglesia Católica. Reformó el Código de Derecho Canónico y el Código de Cánones de las Iglesias Orientales; y reorganizó la Curia Romana.

Juan Pablo II falleció el 2 de abril de 2005, a las 21:37h, vísperas del domingo de la Divina Misericordia.

El Papa Benedicto XVI lo beatificó el 1 de mayo de 2011.

El Santo Padre Francisco lo canonizó, junto a Juan XXIII, el 27 de abril del 2014.

<https://www.youtube.com/watch?v=YGIfiChltd4>

SAN JUAN BAUTISTA

Juan Bautista aparece en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Toda su infancia es un misterio hasta el año 27 de nuestra era, en el que empieza a predicar y bautizar. Nació seis meses antes de Jesucristo.

De la infancia de San Juan nada sabemos. Tal vez, siendo aún un muchacho y huérfano de padres, huyó al desierto lleno del Espíritu de Dios porque el contacto con la naturaleza le acercaba más a Dios. Vivió toda su juventud dedicado nada más a la penitencia y a la oración.

Como vestido sólo llevaba una piel de camello, y como alimento, aquello que Dios pusiera a su alcance: frutas silvestres, raíces, y principalmente langostas y miel silvestre. Solamente le preocupaba el Reino de Dios.

Lucas dice de él que vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

La realidad es que bautizaba en la región del Jordán con el fin de limpiar los pecados de los que acudían a él. También bautizó a Jesús y lo reconoció como Mesías, cuando el Espíritu Santo descendió sobre él.

Fue quién denunció la unión incestuosa de Herodes Antipas con su sobrina Herodías, mujer de su hermano. Esto causó gran odio y Salomé, hija de Herodías, a instancias de su madre, solicitó la cabeza de Juan tras haber bailado ante el rey. Herodes le mandó ejecutar en la prisión de Maqueronte, a orillas del Mar Muerto. Después su cabeza fue ofrecida a Salomé.

A mediados del siglo IV el sepulcro de San Juan Bautista era venerado cerca de Naplusaen Samaria. Fue profanado en tiempos del emperador Juliano (361), pero San Jerónimo atestigua la persistencia del culto del Precursor en aquel lugar, siendo erigida allí mismo una basílica en el siglo VI. Su festividad se celebra el 24 de junio, este es el único santo al cual se le celebra la fiesta el día de su nacimiento.



El Bautismo de Jesús: Juan, el hijo de Zacarías, no era un niño como todos los otros; sentía que había sido elegido por Dios para cumplir una gran misión. Pero, para predicar al pueblo la penitencia, antes había que hacer penitencia. Y Juan fue a vivir al desierto para habituarse a la soledad, al ayuno y al silencio. Lejos del mundo se está más cerca de Dios, y Dios da la fuerza para luchar contra el mal y las pasiones. Juan vivió en la soledad durante casi veinte años.

Finalmente supo que era hora de preparar el camino al Mesías. A lo largo de las orillas del Jordán, donde Juan había comenzado su predicación, la gente se aglomeraba y escuchaba en gran silencio. Sin embargo, él no prometía honores y riquezas. “Haced penitencia —decía— porque el reino de los cielos está cercano”.

Y los que creían en él y se arrepentían de sus pecados, se hacían bautizar: se introducían en las aguas del Jordán y Juan, con aquella agua, los preparaba para recibir el don de la justificación. “Tú, que nos bautizas, ¿quién eres?” —le preguntaron algunos, pensando que era el Cristo. — Y Juan respondía: “No soy yo el Mesías. Yo os bautizo con agua, pero en medio de vosotros se halla uno, a quien no conocéis, del que no soy digno de desatar la correa del calzado. Él os bautizará con el Espíritu Santo”.

Y un día llegó el verdadero Mesías a la orilla del Jordán; venía de la lejana Galilea, donde había vivido en meditación y en plegaria. Antes de iniciar su predicación, Jesús quiso ir al encuentro del que le había preparado el camino, y se colocó entre los que esperaban el bautismo de Juan. Él, el Hijo de Dios, quiso bautizarse.

“Bautízame” —pidió Jesús. Y Juan obedeció; con mano temblorosa tomó agua y la vertió sobre la cabeza de Jesús. Y se produjo el prodigio: los cielos se abrieron y Juan vio al Espíritu Santo descender como una paloma.

La misión de Juan estaba cumplida; el “precursor” del Cristo podía finalmente anunciar a las gentes que el Mesías se encontraba en medio de ellos.

SAN FRANCISCO JAVIER (1506 – 1552)

Francisco Javier nació en el Castillo de Javier (Navarra, España) en 1506. Desde pequeño, su madre le enseñó a rezar, acudiendo a diario a la capilla del Castillo.

A los 19 años, se marchó a París a estudiar donde conoció a, Ignacio de Loyola, quien en los momentos difíciles en París siempre le ayudó.

Ignacio lo fue acercando poco a poco a Jesucristo, ayudándolo a darse cuenta del poco valor de los bienes de la tierra y de lo mucho que valía ayudar a los demás.

Poco a poco, Jesucristo fue ganando espacio en la vida de Javier, y cuando acaba sus estudios, ya ha decidido dedicar su vida a enseñar a los demás hombres la fe en Dios.

En 1534, fue uno de los siete con que San Ignacio funda la Compañía de Jesús, y haciendo voto de absoluta pobreza, marchan a Tierra Santa para comenzar desde allí su obra misionera.

A los 31 años, es ordenado sacerdote en Venecia junto a sus compañeros de la naciente Compañía de Jesús.

En 1541, con 35 años, parte desde Lisboa hacia Goa (India), donde comenzará la parte más importante de su vida: la de misionero. Sus primeros años los pasó atendiendo una leprosería.

En 1544 parte rumbo a Malasia donde misionará durante seis meses. Solía adaptar las verdades de fe a la música popular, método que tuvo gran éxito.

De aquí parte a Amboino (Islas Molucas), y recorrió varias islas predicando durante cerca de año y medio. Cuando predicaba, más que sus argumentos, convencía con su santidad y con la fuerza de sus milagros.

Su predicación era constante y tenaz, regresando una y otra vez con diferentes medios hasta conseguir transmitir la fe a las personas a que se dirigía.



Su único equipaje eran su libro de oraciones y su incansable ánimo para enseñar, curar a enfermos, aprender idiomas extraños y bautizar conversos por millares. Dedicaba las noches a la oración y, si no lograba dormir, pasaba horas recostado junto al Sagrario.

Nuevamente vuelve a la India, evangelizando allí durante un año. Cuando los enfermos eran demasiados para poder atenderlos a todos, les entregaba su rosario, que llevaba siempre al cuello, y su solo contacto los curaba.

Ya en 1545 se dirige a Japón, donde luego de aprender el idioma, logró traducir al japonés una exposición muy sencilla de la doctrina cristiana que repetía a cuantos estaban dispuestos a escucharle.

Todos los que lo conocieron le describieron como una persona muy alegre y optimista, dispuesta a transmitir a los demás la felicidad que le producía haber sido escogido por Dios para difundir su palabra.

En su último viaje, salió de la India con intención de llegar a China, pero antes de llegar, cayó enfermo. A pesar de encontrarse con mucha fiebre, no se quejaba, ni pedía nada, solamente rezaba.

Murió el 3 de diciembre de 1552, a los 46 años. Había recorrido más de 120.000 kilómetros, como tres veces la vuelta a la tierra, conquistando corazones para Dios.

Fue canonizado junto a San Ignacio, y otros, por el Papa Gregorio XV, el 12 de Marzo de 1622.

En 1904. San Pío X le nombra Patrono de las Misiones, por haber consagrado su vida a la predicación del Evangelio “hasta los confines de la tierra”.